

EL AYUNTAMIENTO VIEJO

No sé si por estar en el centro de la Plaza o por qué puntillo desazonado del espíritu de modernidad, el Ayuntamiento estuvo amenazado desde antiguo por la piqueta demodora.

Lo de estar en el centro de la Plaza, inmensa, según lo es ahora, a modo de quiosco de la música o pieza de ajedrez en medio del tablero, no parece razón suficiente, porque en otras ciudades tiene esa situación y en lugar de estorbo es la pieza clave del conjunto arquitectónico, como pudo suceder aquí también. Fueron los aires de fuera, el ferrocarril y el liberalismo, dicho sea con la consideración y la simpatía que ambos me merecen, los que lo tiraron.

Los casinos primitivos, que fueron varios y con nombres diferentes pero todos situados detrás del Ayuntamiento, permitían a los ociosos hacer consideraciones sobre la posibilidad de darle la vuelta al Ayuntamiento y ponerlo de cara a ellos, enfrente del que resultó Casino Principal y único por las mismas razones que lo fue el Cementerio, el respeto mutuo y la libertad de pensamiento, lo que implicaba neutralidad de la Institución y acogida por igual de todos los que quisieran ir y observaran las reglas de buena convivencia, detalle sumamente importante y característico de la vida alcazareña que de seguro perdurará.

La plaza en general era un poco destartada, pero, gracias al Ayuntamiento precisamente, en el sector del Casino quedaba un cuadro muy apañado a modo de gran patio manchego. El mercado se celebraba al otro lado, delante de la fachada del Ayuntamiento, como en todas partes y ahí se siguió po-

niendo los días de Feria mientras ésta se celebró en la de dentro que se podría llamar principal, como el Casino, porque lo fue.

Lo recogido de la Plaza del Casino, separada del tráfico de la carretera, la presencia de la Posada grandiosa y los efluvios atractivos y domésticos del barrio de Santa María, debieron inducir a los casinistas a darle la vuelta al Ayuntamiento para completar la vista y la vida de la Plaza, pues el tenerlo de espaldas resultaría, y tal vez lo fuera, una incomodidad.

Castillo, que sin ser del pueblo resultó un alcazeño universal, más papista que el Papa y aquí se hizo, como la mayoría de nuestros escribanos, siendo culos de hierro de nuestras oficinas, recogió ese sentir y lo realizó, pues era hombre de realizaciones como se sabe y además un espíritu amplio y tolerante, aplicado a la escuela Krausista que tanta influencia tuvo en Alcázar y por ende dado al progreso renovador, tanto que ni siquiera se detuvieron por la necesidad de tener que dejar la torre detrás de la puerta principal, que era bien poco ornamental.

En el fascículo primero hay una fotografía, que reputo única para nuestra historia, tomada desde Santa Quiteria, en la que se ve el Ayuntamiento tal cual era antes de la reforma de don Antonio Castillo, con los arcos laterales en forma de portales para cruzar bajo cubierto de una parte a otra de la Plaza.

La reforma no fue cosa de Castillo aunque él la realizara, fue cosa del Casino Primitivo y perfilada a fuerza de machacar en el mosconeo de los corrillos. Por eso se proyectó, se presupuestó y se subastó, que ya es para pensar lo que se